

A ORGANIZAR LA LUCHA, A CONSTRUIR LA ANARQUÍA

**REFLEXIONES EN TORNO AL CONTEXTO ACTUAL
Y LOS DESAFÍOS DEL MOVIMIENTO ANARQUISTA**



A ORGANIZAR LA LUCHA A CONSTRUIR LA ANARQUÍA

*Reflexiones en torno al contexto actual y los desafíos
del movimiento anarquista*



A ORGANIZAR LA LUCHA, A CONSTRUIR LA ANARQUÍA

*Reflexiones en torno al contexto actual y los desafíos
del movimiento anarquista*

I



El texto que tienes en tus manos surge de una serie de conversaciones y reflexiones con compañerxs de distintos entornos ácratas que habitamos este territorio llamado Chile. Su propósito es compartir ideas que nos permitan abordar temas donde, a nuestro entender, la intervención anarquista radical se vuelve urgente. Tanto individualidades como espacios organizados están invitadxs a generar retroalimentación para, en cuanto sea posible, transformar las palabras en movimiento y en acción.

Las ideas aquí desarrolladas nacen desde la hermandad anárquica. No pretenden imponer un único análisis, sino compartir perspectivas y tender puentes entre quienes han decidido asumir la anarquía como forma de vida y de lucha. Esperamos que lo planteado aquí se entienda desde esta premisa.

Desde fines de los años noventa hasta hoy, el movimiento anarquista ha estado presente en la opinión pública debido a sus diversas expresiones de lucha: okupas y centros sociales, actividades contraculturales, ferias del libro, colectivos, coordinadoras, bloques negros, semanas de agitación, marchas y mítines, propaganda, luchas callejeras y ataques a diversos

símbolos del poder. En muchos casos ligado a conflictos sociales más amplios -ecologistas, estudiantiles, habitacionales y entorno al movimiento mapuche entre otras-, y en otras instancias como acción de memoria, homenaje y solidaridad con nuestrxs presxs y muertxs.

A lo largo de este camino hemos vivido etapas de expansión, fuerza y visibilidad, pero también hemos enfrentado los dolores propios de la lucha: compañerxs caídxs en acciones, heridxs, encarceladxs, clandestinxs y perseguidxs. Sabemos que estos posibles costos son parte de declararse enemigxs del mundo del poder, son hechos que nos han marcado y que se cargan como heridas que no terminan de cerrar, pero lejos de inmovilizarnos, deben impulsarnos a mantener viva la reflexión y la acción colectiva.

Tanto las alegrías como los golpes los asumimos en conjunto. Porque más allá de los matices en las propuestas organizativas —antiespecistas, anticarcelarias, insurrectas, nihilistas, feministas, entre otras—, el universo anarquista comparte un sentido de pertenencia que nos empuja a seguir, a solidarizar y apoyarnos entre nosotrxs. Esa fuerza común sostiene nuestra esperanza y nos llama a no desistir frente a los golpes de la represión, la tensión interna que esta genera y el cansancio.

Los últimos golpes represivos, el accidente de los compañeros del INBA, la gran cantidad de compañerxs en las cárceles y sus complejas situaciones intracarcelarias, el asesinato de Alonso Verdejo -Risue-, además de una serie de muertes de compañerxs por accidentes, enfermedades o suicidios, nos llaman a repensar nuestro movimiento: comprender sus fortalezas y debilidades, desarrollar estrategias de lucha coherentes con los tiempos que corren, manteniendo perspectivas fraternas y coordinadas para alcanzar los objetivos que nos proponemos.

Nuestro pasado reciente está marcado por la dictadura, la tortura, las desapariciones, las prisiones, la resistencia y la ofensiva. Diecisiete años de dictadura cívico-militar dejaron una huella profunda. Sin embargo, la mayoría de nosotrxs ha emprendido la lucha en contextos de democracia, donde los discursos pacificadores y la reconversión de antiguos secto-

res revolucionarios intentaron enterrar cualquier propuesta política ajena a la institucionalidad. En este escenario, la prensa, aliada al poder, ha jugado un rol clave en la criminalización y asedio hacia la resistencia, la contracultura y ofensiva anarquista. Aun así, generaciones de compañerxs han seguido levantando iniciativas bajo el ideal ácrata, demostrando que la propuesta antiautoritaria sigue viva y vigente.

Después de la revuelta y la pandemia, muchas de esas energías se dispersaron, dejando un clima de retraimiento y cansancio que aún perdura. Sin embargo, también comienzan a aparecer signos de revitalización: expresiones de solidaridad con el pueblo palestino, movilizaciones ante la desaparición de Julia Chuñil, ferias del libro, congresos y el debate que se abre frente a las recientes elecciones. Estos gestos, aunque aún fragmentarios, dan cuenta de una voluntad que persiste, que busca reencontrarse y seguir construyendo.

Hoy convivimos en una sociedad profundamente individualista, atomizada y despolitizada, donde los medios masivos y las redes sociales no solo aturden, sino que moldean subjetividades dóciles, funcionales y voluntariamente esclavizadas a la ingeniería social capitalista. Esta maquinaria de adormecimiento, alimentada por matinales, influencers, coach y fake news, pavimenta el camino para una cultura emergente: una nueva reacción conservadora (antifeminista, racista, autoritaria), barnizada de modernidad, profundamente influenciada por la extrema derecha neoliberal. Así, la dominación a través de esta cultura resulta mucho más simple, barata y eficaz, convenciendo de que no hay vida posible fuera de lo que ofrecen lxs poderosxs.

El bombardeo constante de información digital y mediática genera a nuestro alrededor —y quizás en nosotrxs mismxs— un contexto saturado de inmediatez, individualismo y competencia, con un fuerte sentido estético mediado por lo digital. Ante ello, debemos preguntarnos ¿cómo estas dinámicas afectan y se proyectan en nuestras luchas y sus distintas expresiones?

A veces, desde las redes y los discursos digitales, suele compartirse la sensación de que, en este lugar del mundo, estu-

viésemos en una gran efervescencia anarquista; sin embargo, esa percepción no siempre es compartida con la misma intensidad en los territorios, espacios y entornos reales. El uso desahogado de las redes sociales y la sobreproducción de información asociada a las luchas en línea puede hacernos creer que esa agitación basta por sí sola, cuando en realidad no puede reemplazar la acción política ni la organización colectiva. Este exceso de “activismo virtual” y su consumo corre el riesgo de sustituir el encuentro real, alejarnos de la calle y de lo que en ella sucede, aislándonos y atomizándonos cada vez más.

En este escenario, no se trata en absoluto de restar valor a los grandes esfuerzos que tantxs compañerxs realizan día a día para dar vida a proyectos anarquistas. Al contrario, en medio del incesante bombardeo digital y de la fragmentación social, sentimos aún más la necesidad de fortalecer las iniciativas que ya existen e impulsar otras nuevas, recordando que la verdadera fuerza nace del compromiso y de la acción directa. Los espacios de lucha no surgen por sí solos: se construyen cuando se reconoce una necesidad concreta y se actúa. Esa acción puede ser proactiva —crear centros sociales, bibliotecas, asambleas, cooperativas, huertas— o reactiva —responder ante leyes represivas, violencia estatal, conflictos sociales, o situaciones de represión—. Hacemos esta distinción porque creemos que no sólo es importante, sino también urgente, dejar de esperar a que surja algo para recién entonces pensar cómo actuar. Generar proyectos autónomos y sostenidos sin depender de los tiempos y coyunturas que impone el enemigo.

Estos espacios de lucha son organismos vivos: algunos tienen una existencia breve, mientras otros logran mantenerse por décadas. En los liceos, por ejemplo, la organización y lucha estudiantil ha resistido generación tras generación, sin embargo, no podemos dar por garantizada su existencia ni asumir que siempre existirá tal como la conocemos. Mantenerlos exige una retroalimentación constante para comprender los momentos y coyunturas de cada espacio y la capacidad de replantear sus dinámicas cuando sea necesario.

Nuestro llamado no es solo a crear nuevos espacios e instancias de lucha, sino a fortalecer y cuidar los que ya existen, guiados por la horizontalidad, la solidaridad, la acción directa y el apoyo mutuo, prefigurando y proyectando un nuevo mundo aquí y ahora. Somos conscientes de que, al interior de nuestro movimiento, existen fracciones y conflictos que afectan el apoyo a distintos proyectos, generando cierta atomización de las iniciativas de lucha. Frente a ello, nos preguntamos cómo podemos ejecutar proyectos colectivos y coordinados en este contexto, reafirmando al mismo tiempo la importancia de la libre asociación y la horizontalidad como elementos centrales de nuestro proyecto político, sin descuidar la coordinación entre proyectos, territorios e individualidades.

Flota en el aire del movimiento anarquista la postura de no participar activamente en los movimientos sociales, debido a que muchas veces son cooptados por el reformismo y la maquinaria política de los partidos. Detrás de cada sospecha suelen aparecer un amplio espectro de partidos y organizaciones de carácter jerárquico que estratégicamente buscan apoderarse de estas instancias.

En ese contexto, nos preguntamos: ¿lxs anarquistas hemos reconocido la necesidad de participar en estos espacios? En caso afirmativo ¿Nos hemos preguntado como hacerlo? Si hacemos memoria, muchxs compañerxs estuvieron presentes en las calles, poblaciones y territorios durante aquellos meses de revuelta, actuando como catalizadores de la autoorganización, compartiendo saberes forjados en años de lucha y defendiendo la propuesta anarquista, tal como siempre lo hemos hecho en conflictos sociales más amplios sin olvidar nuestro ideal.

Sin embargo, con el tiempo, parece haber prevalecido al interior del movimiento un cierto desapego y un profundo escepticismo hacia lo que ocurre fuera de nuestros círculos más afines. Esto nos ha pasado la cuenta: la escasa reflexión ácrata sobre el acontecer nacional y mundial —y de un análisis sobre cómo enfrentar la lucha en cada contexto— ha limitado no solo nuestra comprensión de como las políticas del poder impactan a los sectores empobrecidos, al ecosistema

y a la vida en su conjunto, sino también nuestra capacidad de anticipar sus movimientos, pensar estratégicamente, responder colectivamente y construir alternativas que rompan el aislamiento.

Consideramos importante que, de alguna manera, volvamos a defender victorias que fueron adquiridas a sangre y lucha en épocas pasadas por compañerxs y que hoy peligran ante un endurecimiento de políticas autoritarias que el enemigo está levantando para enfrentar las crisis. Esto bajo ningún punto de vista debe significar formar parte de movimientos reformistas, por el contrario, es abogar por la superación de luchas que se disfrazan con cierto perfume a radical, pero en el fondo no pretenden intensificar el conflicto social para no perder privilegios. Esta es una de las piezas estratégicas fundamentales que creemos deberíamos saber empujar en el tablero, construir y levantar una anarquía como modo de combate que ocupa las calles en las cuales seamos capaces de mantener un ritmo tanto en la defensa de nuestras acciones, como en la capacidad de articular las luchas entre todos los lugares que sea posible.

II



A pesar de los diecisiete años de dictadura, el fenómeno del fascismo sigue presente en Chile y ha tomado fuerza en los últimos años, al punto de que una parte importante de la población estuvo dispuesta a votar por sus representantes. Este fenómeno, aunque reciente en el contexto postdictatorial chileno, no es nuevo en el mundo. En gran parte del norte global —especialmente en países como Grecia, Francia, Italia, Alemania y España— los partidos de ultraderecha han venido consolidándose como alternativas electorales frente a las crisis sociales, políticas y económicas. En algunos casos, como en Italia o Francia, han alcanzado posiciones de gobierno o de fuerte influencia institucional; en otros, como en Grecia, su presencia ha sido intermitente, pero su discurso sigue permeando el debate público. En todos los casos, su avance se sostiene en estrategias de control social, nacionalismo, xenofobia y discursos de orden que buscan canalizar el descontento hacia formas autoritarias de gobierno.

En Chile, gran parte de las coyunturas políticas actuales desembocan en lo que se ha llamado “crisis de seguridad”. El gobierno de Boric destinó en 2025 una gran cantidad de recursos al fortalecimiento de Carabineros y la PDI para enfrentar al crimen organizado. A esto se suman modificaciones a la ley antiterrorista, que buscan intensificar la persecución contra los movimientos antisistema, tanto en las ciudades como en el Wallmapu. Además, se implementan nuevas tecnologías de vigilancia y control, todo con el acuerdo de los distintos sectores políticos. Usando la criminalidad como justificación para expandir el aparato represivo del Estado.

Detrás de cada plan de “seguridad” se esconde una estrategia gubernamental: identificar un enemigo interno. Los medios

masivos repiten la narrativa del miedo, mezclando poderosas mafias, inmigrantes, gente que lucha y sectores revolucionarios, donde la jugada maestra es precisamente aglutinar todo acto “ilegal” como parte de un fenómeno delincencial único al cual combatir. No es un fenómeno nuevo: Italia y España son ejemplos de cómo estas estrategias represivas han sido aplicadas y hoy sirven de modelo para el Estado chileno.

Pero nuestras prácticas de lucha están enmarcadas dentro de un proyecto histórico de liberación social y nunca se ha vinculado políticamente con el crimen que no distingue a quien roba o daña. Por este motivo, creemos que debemos encontrar formas efectivas de defender nuestros espacios de la represión y la tergiversación de los medios del capital, pero también del llamado crimen organizado que opera en nuestros territorios y actúan como verdaderas fuerzas contrarrevolucionarias. Es por ello que resulta de vital importancia defender de la infamia a la ofensiva anarquista y a la acción directa revolucionaria, así como a lxs compañerxs que han decidido pasar a la acción.

Durante las dos primeras décadas del siglo XXI asistimos a una recomposición global de las fuerzas del capitalismo y del Estado, proceso que se aceleró tras la pandemia. Los poderosos están organizados internacionalmente tanto en Occidente como en Oriente. Cuentan con estructuras sólidas — Estados, medios de comunicación, ejércitos, corporaciones, tecnología— que les permiten dominar, controlar y administrar la vida en función de sus intereses, y así continuar edificando la logística capitalista administrada por la minoría que ostenta el capital y la fuerza militar.

La centralización digital y el desarrollo de la inteligencia artificial está redefiniendo el rumbo de la humanidad y del planeta. Las tecnologías que prometían conectar y liberar se convirtieron en herramientas de vigilancia, acumulación de datos y control social al servicio del poder.

Frente a esta concentración tecnológica, también florecen resistencias invisibles: redes libres, softwares comunitarios y formas de comunicación autónomas que sostenemos y utilizamos nosotrxs mismxs, manteniendo viva la posibilidad de

un mundo digital sin amos. Son pequeños gestos, pero expresan una lucha más amplia por recuperar la tecnología y otorgarle un sentido común, horizontal y libre.

Sin embargo, mientras estas resistencias buscan abrir grietas en el control digital, el poder sigue profundizando su dominio: el colapso ecológico y el avance de políticas autoritarias refuerzan un mismo proceso de dominación global. Pareciéramos estar al borde de una nueva crisis global con ecos de las grandes guerras que marcaron el siglo pasado, y con ejemplos evidentes de exterminio en vivo y en directo del pueblo palestino.

Detrás de este panorama global se esconde la vieja lógica del poder: los poderosos se reparten el mundo y los pueblos empobrecidos son utilizados como carne de cañón, sometidos a guerras, colonizaciones, desplazamientos forzados y destrucción de sus territorios, todo en nombre del control de recursos y riquezas que solo benefician a la minoría del poder.

Las mismas manos que levantan muros, fabrican armas y firman tratados de “paz” son las que sostienen el saqueo de la tierra y la miseria de quienes la habitan. Y frente a eso, la indiferencia se vuelve cómplice del exterminio.

A esta crisis se le suma el rostro cotidiano del neoliberalismo: una economía global que profundiza la desigualdad, destruye territorios y precariza la vida. La lógica extractivista, el racismo estructural y el patriarcado se entrelazan para sostener un sistema que explota tanto los cuerpos como la tierra. Los pueblos empobrecidos, las mujeres y disidencias, las comunidades indígenas y migrantes son quienes cargan con las consecuencias más duras de esta dominación. La biopolítica- el control sobre la vida, los cuerpos y la salud- se impone como una nueva forma de guerra silenciosa.

En Latinoamérica, los pueblos siguen levantándose frente al despojo: En Perú, Ecuador, Chile o México - por nombrar algunos- las resistencias de los pueblos recuerdan que el sur global sigue siendo territorio de lucha y esperanza. La solidaridad entre oprimidxs es la única respuesta ante un poder que se alimenta del aislamiento.

El mundo actual es un tablero donde las grandes potencias están redistribuyendo sus fuerzas. Desconocemos cuál será el desenlace de todo esto. Pero debemos intentar entender desde ya cómo estas dinámicas golpean y golpearán en nuestros territorios, comunidades y ecosistemas. Cómo funcionan los nuevos grupos extractivistas, las tendencias culturales de sumisión o la expansión tecnológica. Todo esto debe ser una alerta inmensa para lxs revolucionarixs del mundo, porque supone desplegar nuevas fases de lucha, resistencia, y solidaridad con los territorios afectados, porque los costos siempre lxs pagamos lxs mismxs, sean humanos o de otra especie.

Este reacomodo del poder global está sucediendo a tiempo exacto hoy, por lo que debemos ser capaces de creer en nuestras fuerzas y capacidades, porque precisamente es la incertidumbre del futuro lo que nos señala que las grietas del presente son propicias para ensamblar otros paradigmas de vida, para nosotrxs, los de la anarquía.

Lo que estamos viviendo no son crisis aisladas. El colapso es estructural y se manifiesta en todos los ámbitos: el clima, la economía, la política, la salud, la humanidad misma, entre otras dimensiones de la vida. Una pandemia, una guerra local, grandes flujos migratorios, ayer podían considerarse “excepciones” pero hoy forman parte de nuestra normalidad. El sistema se alimenta de esta catástrofe: los Estados responden con más control y las empresas obtienen ganancias a través del desastre. En ese contexto, la ultraderecha crece alimentando el miedo y vendiendo seguridad: más cárceles, más represión, más fronteras. Su discurso se vuelve confiable porque promete orden en medio de esta crisis civilizatoria.

Hoy se percibe que la estructura que sostiene el capital comienza a colapsar y muchas veces no encontramos las posibilidades ni ideas respecto a qué hacer ni cómo hacerlo, sucumbiendo al desánimo, a la resignación y a la desesperanza. Aun así, por debajo se construyen y cobran vida horizontes posibles: colectivos, grupos de apoyo, redes que se arman sin pasar por el Estado, señalando otro camino posible.

Nos han querido convencer de que las sociedades anteriores a los sistemas jerárquicos eran “salvajes” y que la desigual-

dad y la autoridad son condiciones naturales. Pero eso es una mentira histórica que justifica los privilegios del poder. La evidencia muestra que durante miles de años existieron comunidades sin jerarquías ni símbolos de dominación, donde la vida en común era funcional y respetuosa con la naturaleza. Esas sociedades demostraron que era posible sostener el crecimiento desde la cooperación y no desde la dominación.

En cambio, la idea moderna de progreso basada en la urbanización y el consumo, ha generado un daño irreparable. Por eso creemos que es indispensable imaginar y levantar nuevas formas de vivir: construidas desde lo simple hacia lo complejo, desde la comunidad hacia un futuro libre y solidario.

Nuestra lucha hoy es también una lucha por la imaginación, por la posibilidad de crear en medio de la incertidumbre. Casi como urgencia vital, o seguimos por la ruta del miedo, con un futuro militarizado y autoritario, o empezamos a dar forma a otra realidad desde la cooperación y el cuidado. Lo incierto no es si el sistema caerá, sino como resistiremos y articularemos esfuerzos para levantar algo distinto cuando eso ocurra.

III



El contexto actual nos exige mirar hacia las experiencias anteriores, aprender de ellas y conversar sobre nuestras propias dudas, necesidades y deseos como compañerxs permitiéndonos posibilidades de futuro, caminos de acción y proyección de la lucha.

Durante años hemos sostenido una práctica basada en fechas de memoria, en el “hacer”, de estar “haciendo todo el rato”. Esto, es porque nos hemos visto impulsadxs por la urgencia de la realidad, de no quedarnos quietxs y de la impronta defensa de la memoria. Esa actitud ha mantenido viva la llama de la rebeldía durante todos estos años, pero también nos ha atrapado en un ciclo de acción constante impidiendo y limitando nuestras fuerzas para concretar a largo plazo lo que estamos diciendo. Pensamos que es vital y necesario revisar el tenor del discurso que estamos empleando, pues si nos declaramos en una guerra permanente contra lo establecido, tenemos que concretar la posibilidad de organizarla y proyectarla en el tiempo. No solo necesitamos una espiritualidad de lucha, de coraje y convicción, también es necesario la fuerza humana, el material para realizarla y un horizonte hacia dónde mirar.

Las ideas anarquistas no son simples aspiraciones; pueden convertirse en herramientas concretas de lucha. Ser un peligro para el sistema y su orden de opresión y explotación implica asumir la responsabilidad de fortalecer una comunidad amplia en lucha, que, apuesta por la vida y la libertad. Esto conlleva a motivar el compromiso rebelde y requiere de un esfuerzo y una iniciativa para la organización. es necesario volver a generar una cultura de compromiso, formación,

aprendizaje, reflexión, responsabilidad y proyección, desde una perspectiva horizontal, solidaria y fraterna, que vierta consistencia a nuestras prácticas anarquistas.

La anarquía no es el imaginario de una sociedad perfecta, no es un modelo concreto ni un punto al cual llegar, se hace hoy y no se ancla a un momento revolucionario supremo. Nuestra tarea no tiene fin, porque la construcción de la anarquía es continua. Son caminos que transitamos, que se van sembrando hacia comunidades sin clases, jefes ni gobiernos, se vive y se practica en nuestras luchas y proyectos, y se materializan en los esfuerzos cuando se levantan grupos de agitación, centros sociales, actividades y jornadas, publicaciones, instancias solidarias, clubes deportivos, bibliotecas, ollas comunes, comedores, cooperativas de producción, iniciativas autosustentables, espacios de cuidado de hijxs, huertas colectivas, escuelas libertarias, grupos de acción, entre otros. Una multiformidad de instancias donde poner en marcha la vida que queremos construir y expandir, ganándole cada vez más terreno al capitalismo y al Estado, construyendo una cultura diferente, anti jerárquica, revolucionaria y anarquista. Practicando hoy nuestra digna utopía.

En la correlación de fuerzas actual, somos enfáticos en señalar que nuestro papel no es “salvar al mundo”, más bien recordar (y demostrar) que no necesitamos esperar a que el Estado o sus cómplices hagan algo por nosotrxs. El aporte anarquista creemos, consiste en alentar a confiar en las propias fuerzas, desde abajo, en autodefensa con apoyo mutuo y la solidaridad. Mostrar en la práctica que otra forma de vida es posible.

También es nuestra tarea cuidar la memoria: recordar resistencias y rebeliones anteriores, que las luchas de los pueblos datan de siglos y atraviesan todo el planeta, recordar a quienes murieron luchando. Sin romantizar, pues sabemos que el contexto es duro. Recordarnos que somos parte de una continuidad de lucha, en otros tiempos y lugares, donde, a pesar de enfrentar escenarios de miedo, obediencia y desesperanza, como los que hoy nos toca transitar, siempre se defendió la libertad, la solidaridad y la autonomía.

Estas palabras no pretenden entregar un manual ni una guía,

pero se torna primordial reconectar las voluntades para empezar a constituir una fuerza capaz de resolver mínimos esenciales para nosotrxs y nuestra gente. Disputarle todo al poder “omnipresente” en nuestros territorios, en nuestros barrios y en nuestrxs cuerpxs: la libertad de deliberar, las formas y espacios donde nos desarrollaremos sin los principios de autoridad, los consensos para superar nuestras diferencias, la autocrítica para abordar nuestros errores, entre otras prácticas elementales e inherentes a la vida.

La anarquía siempre ha mantenido estos rasgos característicos a lo largo de su historia: desde la Comuna de París pasando por el movimiento obrero de los años 20, hasta la revuelta del 2019 y tantos otros destellos esperanzadores. En cada revuelta fuimos capaces de autoorganizarnos y de abordar grandes cantidades de visiones, aspiraciones y grupos humanos, por lo tanto, cada iniciativa que logremos levantar debemos hacerla con la mayor dedicación posible. Es aquí donde se pone en práctica lo reproducible, cada acierto es una espoleta para que estallen y florezcan otras instancias ácratas.

Hoy más que nunca necesitamos transformar las palabras de los discursos y de la propaganda en realidad viva, porque la anarquía no se hereda como legado ni se espera como promesa: se construye.

Construirla significa reconocernos, encontrarnos y coordinarnos para sostener espacios autónomos y formas de vida más libres. Significa aprender de nuestras caídas, cuidar nuestras fuerzas y volver a poner el cuerpo en la calle, en la vida y en el hacer.

Estas palabras no son una consigna ni una invitación abstracta: son un llamado a organizar la lucha, a tejer redes que superen el aislamiento y a practicar en lo más posible la anarquía en nuestros colectivos y relaciones. Solo así podremos enfrentar la dominación que pretende someternos al miedo y abrir caminos hacia una vida libre y sin jerarquías.

Pero también sabemos que ningún movimiento crece solo con voluntad. Para volvernos una fuerza viva, necesitamos reconstruir nuestros lazos de resistencia, unir sensibilidades

y estrategias. La anarquía no debe ser un discurso distante, sino una práctica viva que se sienta entre nosotrxs y se vea también fuera: en la olla común, en el taller, en la huerta, en la defensa del territorio, en la solidaridad con lxs presxs, en la ternura entre compañerxs.

Mientras desde arriba levantan muros de control y autoritarismo, abajo seguimos encendiendo fuegos de ternura y de lucha. Seguimos ensayando formas distintas de vivir.

La pregunta no es si esto es posible, sino qué horizonte elegimos alimentar: el del asilamiento, la obediencia y el control, o el de la rebeldía y la autonomía.

Todo esto resulta un gran desafío para nosotrxs mismxs. Requiere constancia, comunicación, cuidado y una ética que preserve la vida mientras se combate el mundo de la autoridad, porque sin vida no hay revolución posible.

La anarquía no es un mañana prometido; es el presente que decidimos vivir. La fuerza del movimiento no estará en los discursos ni en los símbolos, sino en la capacidad de sostener la lucha y el ejercicio de organización vivo y solidario.

Cada gesto, cada acción violenta contra el sistema, cada espacio autónomo que levantemos abre grietas en lo que parecía inquebrantable. Sigamos practicando la anarquía en nuestros días, en nuestras relaciones y en nuestras decisiones.

Ese es el horizonte: no esperar el mundo nuevo, sino construirlo día a día.

*Red de lucha y propaganda
Primavera 2025*

Estas reflexiones intentaron reunir las ideas y perspectivas sostenidas por lxs compañerxs que hemos coincidido en las distintas instancias de conversación y/o discusión de este proyecto.

Sus líneas, como la anarquía, siguen en construcción y publicarlas guarda un objetivo mayor: Provocar la crítica.

Invitamos a llenar de crítica, reflexión e ideas este correo, que además será un medio para la comunicación de las iniciativas porvenir.

reddeluchaypropaganda@riseup.net



@REDLUCHAYPROPAGANDA

